fabrica el templo que me has mandado edificar? Elige, dignísima Señora, ó el devoto oratorio de la casa que me sirve de morada ó el trono de la Iglesia Catedral.» Ya elegí, dice María por boca de su mensajero, el Tepeyac. Y yo he escogido y santificado este lugar para que él lleve mi nombre: *elegi et sanctificavi locum istum, ut sit ibi nomen meum:* (16) desde él tendré abiertos mis ojos para velar sobre los destinos de mi pueblo, sobre la suerte de mi nación querida; pronto estará allí mi corazón, siempre dispuesto para escuchar los votos de los mexicanos. *Et permaneant oculi mei et cor meum ibi cunctis diebus.* (17) Ni un momento más de tardanza; la devoción del virtuosísimo Prelado da principio á la fábrica de una pequeña ermita ¡obra de quince días!

Y no extrañeis que la Madre de Dios prefiera esta colina y en ella mande zanjar los cimientos del Santuario que habite: sobre los montes santos estaba fundada la ciudad de Dios allá en Salem, *fundamenta ejus in montibus sanctis;* (18) y por cierto, que el Señor amaba las puertas de Sión más que los tabernáculos de la familia de Jacob: *diligit Dominus portas Sion super omnia tabernacula Jacob.* (19) Desde esa humilde ermita, tan parecida al Belemítico albergue, el sol que viste á María, Cristo Jesús, difundirá los rayos de su luz hasta los confines de la América feliz. No prende con tanta violencia el fuego de una centella en un cañaveral, como rápida se extiende la fe en México, después de la aparición Guadalupana.

Mas para que no penséis que finjo, con el fin de deleitar vuestros oídos y lisonjear el patriótico entusiasmo, oigamos á un historiador. Dice refiriéndose al Ilmo. Zumárraga: (20)

«Premió el cielo sus apostólicos afanes y visita de su Diócesis, que solía hacer á pié, apareciéndosele la portentosa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, en 12 de Diciembre de 1531, favor que abrasó su corazón en incendios de ternura y explicó en obsequios reverentes á tan Sagrada Reina, dando principio á sus expensas, á la fábrica de su primera ermita, para desahogar en ella su pecho y la de sus agradecidos súbditos en incesantes cultos.»

En realidad, el fuerte armado luchó durante los diez primeros años de la Conquista; de suerte que en este primer período apenas, como hemos dicho, un millón de indios habían recibido el bautismo, y en su mayor parte niños; pero al aparecer sobre el Tepeyac el gran prodigio y contemplar los mexicanos la Imagen celestial, como íris de paz y signo de alianza entre el Dios de Noé y el suelo indiano, este pueblo de carácter dulce, de índole humilde y corazón de cera, ríndese en masa al yugo de la fe cristiana, y dilatado su corazón por el suave influjo de la gracia, ansioso corre como el ciervo sediento, á la fuente de las aguas, al baño de su regeneración por el bautismo. El brazo del Apóstol caía rendido, dice el P. Mendieta: un solo Sacerdote bautizaba al día cuatro, cinco y hasta seis mil adultos y niños; en cinco días el P. Motolinia y otro religioso han bautizado más de 14,000 indios; Gante, el ilustre Gante Fr. Pedro, más ilustre por su devoción á la Santísima Virgen María de Guadalupe que por la nobleza de su cuna, bautizó, él solo por su mano, más de un millón de indios, de modo que si ántes de la aparición Guadalupana se contaban por diez años un millón de conversos, después era un millón por año; pues como asegura el P. Motolinia, sólo los franciscanos en ocho años bautizaron ocho millones desde la fecha memorable de 1531.

Así es como el vigoroso pié de la Virgen aparecida en la colina Santa, humilló la cerviz de la serpiente y triunfó del infierno en la feliz Anáhuac.

Pero ¿y qué bienes ha traído la fe á la nación indiana? Señores, todos: *venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa,* (21) con ella todos los bienes nos vinieron, como decía Salomón de la Sabiduría. Los grandes principios que para el orden social encierra en sí la civilización cristiana: Redimirnos de la miserable servidumbre, de los más torpes errores, de las más viles pasiones, del poder del demonio. Darnos la libertad: *In libertatem vocati estis;* (22) y la libertad más gloriosa, la libertad de los hijos de Dios: *A servitute in libertatem gloriæ filiorum Dei;* (23) con esta libertad nos ha hecho libres nuestro libertador, Cristo Jesús, *qua libertate Christus nos liberavit.* (24) La Santa igualdad: El mexicano, que ayer miraba en los Iberos á los hijos del Sol, séres divinos, de poder irresistible, de pujanza sobrenatural, hoy sabe que el español y el indio tienen en Dios un origen divino y un fin sobrenatural; que ambas razas tienen á Dios por Padre, á Cristo por Redentor, y á María por Madre: que los hijos de Albión y los de Iberia, los habitantes de la Tartaria y los de Anáhuac tienen igual origen, idéntico destino: que los de rubia faz, ojos azules y dorado cabello, esperan la misma suerte que los de cobrizo aspecto, ojos negros, pelo lacio, y rostro lampiño. Para el cristianismo no hay distinción de razas ni desigualdad de condiciones: *Non est judæus neque Græcus; non est servus neque liber,* sino que todos forman una nación en Cristo, *omnes enim vos, unum estis in Christo Jesu.* (25) Fraternidad: Todos vosotros sois hermanos: *Omnes autem vos fratres estis.* (26) Todos formáis una nación santa, un sacerdocio real, un pueblo de adquisición; y en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amais mútuamente: *in hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem:* (27) Y este amor nuestro es un amor de fraternidad como explica San Pablo: *charitate fraternitatis invicem diligentes.* (28)

Los reyes de las naciones las dominan y los que en ellas ejercen el poder se llaman beneméritos; entre nosotros no ha de ser así; sino que quien quiera ser mayor hágase como el menor, y el que preside como el que sirve: *sed qui major est in vobis, fiat sicut minor; et qui præcessor est, sicut ministrator.* (29)

El cristianismo por su esencia extingue los odios, mata las enemistades, establece la caridad, funda la paz y la paz de Dios que excede á todo bien sensible, preciosa herencia que nos legó Cristo Príncipe de la paz: *pacificans per sanguinen crucis ejus,* despues de haberla conquistado con su sacrificio: paz verdadera que no se parece á la paz que da el mundo. Paz que hizo de México una Nación de hermanos.

Mas no penseis que sólo en orden á principios la fe trajo á México inmensos bienes.

No más monstruosas divinidades, ni sacrificios sangrientos de víctimas humanas. Los mexicanos adorarán en espíritu y verdad al Dios que es espíritu puro, infinitamente perfecto, criador y conservador del universo: *Spiritus est Deus; et eos qui adorant eum, in spiritu et veritate oportet adorare.* (30) Este Dios espíritu no come carne de toros, ni de cabritos, ni se alimenta con las entrañas de séres humanos. El quiere que el hombre le ofrezca el corazón por el sacrificio de su voluntad y de sus pasiones, sujetándolas á la ley y al orden para el bien procomunal y que venga á ser una hostia viva, santa, que plazca á Dios, una ofrenda razonable: *Hostiam viventem, sanctam, Deo placentem, rationabile obsequium vestrum.* (31) El templo cristiano sucedió al teocali: á los horrendos sacrificios humanos la hostia pacífica, la inmolación del yo, el obsequio de la razón. Mas no sólo esto; al lado del templo se fundó la escuela, y junto á ésta se planteó el taller; la fe trajo el arado, la hoz y la segur: oíd con atención el profético anuncio de Isaías, que con tanta propiedad aplicó á México el Dr. Uribe en su panegírico de la Guadalupana: *Et erit in novissimis diebus, præparatus mons domus Domini in vertice montium....et dicent: venite ad domum Dei, et docebit nos vias suas....* Casi no hay cláusula en todo este pasaje de Isaías, literal profecía de la conversión de los gentiles, en que no se halle delineada nuestra América: vése allí una Nación belicosa convirtiendo sus instrumentos de guerra en arados y en hoces para el cultivo de los campos, puntual trabajo y ocupación ordinaria de los indios, antes feroces é implacables guerreros, y hoy pacíficos campesinos y afanosos agrícolas: *Conflabunt gladios suos in vomeres, et lanceas in falces.* (32) Una tierra

16 2 Paralip. VII, 16.
17 Ibid.
18 Ps. LXXXVI, 1.
19 Ibid. 2.
20 Série de los Ilmos. Señores Arzobispos, año 1769.
21 Sap. VII, 11.
22 Galat. V, 13.

23 Rom. VIII, 21.
24 Galat. IV, 31.
25 Galat. III, 28.
26 Mat. XXIII, 8.
27 Joan. XIII, 35.
28 Rom. XII, 10.
29 Luc. XXII, 26.
30 Jon. IV, 24.
31 Rom. XII, 1.
32 Isaí. II, 2, 3, 4.



dilatada en su extensión, abundante en codiciados metales de oro y plata, rica por sus inagotables tesoros, aunque por otra parte supersticiosa por el culto que rinde á monstruosas deidades, llena de ídolos. *Repleta est terra idolis, repleta est argento et auro, et non est finis tesaurorum.* (33)

Y no es esto todo lo que la fe prepara en sus conquistas. En el corazón de esta privilegiada raza la fe se arraiga, la piedad anida, la Religión se encarna; y como ha dicho Tertuliano que el corazón del hombre es naturalmente cristiano, podemos decir nosotros que el corazón del mexicano es eminentemente religioso; y esta noble cualidad ¡cuántas trae consigo! Los mexicanos son dulces hasta en su idioma, tiernos, caritativos, obsequiosos y de precoz ingenio; ¡oh! cuán bello es el espectáculo que ofrece esta Nación regenerada por la fe de Cristo: cuál se levantan como por encanto suntuosos templos, magníficos Santuarios, obras de arte, monumentos de grandeza, testigos oculares de la fe, piedad y generosa liberalidad de nuestros mayores: ¡cuántos Ateneos para estudiar las ciencias! Aquí se abre un asilo para huérfanos, allí un hospicio para pobres; más allá un hospital para los enfermos, acá un manicomio para dementes; por allí la cuna para infantes expósitos; más lejos un lazareto para los leprosos: San Pablo, San Andrés, San Juan de Dios, San Hipólito y el hospital del Divino Salvador, San Lázaro, estáis allí aún con vuestros recuerdos y vuestros borrados nombres para testificar á las generaciones que la fe os fundó. San Gregorio, San Ildefonso, San Juan de Letrán, Colegio de Abogados, el Seminario, la Universidad, inmortales viviréis en la historia para demostrar á los siglos venideros que las conquistas de la fe son las de las letras y el saber, y sus apóstoles, la luz del mundo, el fuego sagrado de la caridad, antorcha de la civilización y la palanca más poderosa del progreso real en sus diversas faces. Y nada hemos dicho de los conventos, asilos de la virtud, vergeles de inocencia, cunas de sabios, escuelas de doctores.... Nada de los planteles en que las vírgenes cristianas, con el ascendiente de su virtud, la luz de sus ingenios y demás bellas dotes, formaron en sus escuelas ese tipo tan simpático de la mujer mexicana.

Pero, Señores, basta: preciso es terminar. Y ¿cómo no decir una palabra acerca de la prodigiosa trasformacion que se ha obrado en la sociedad, en la familia y en el individuo bajo el influjo de la fe? Dos naciones separadas por las aguas de un vasto y dilatado océano y más que todo, por sus creencias, sus costumbres, sus orígenes é idiomas, se unieron con vínculos sagrados tan estrechos, que se funden y amalgaman, formando una sola; México es nueva España. Y en esa sociedad mixta de elementos tan heterogéneos, ¡qué respeto á la autoridad! ¡qué amor á la verdad y á la justicia! ¡qué respeto á los padres! ¡qué consideraciones y cuánto amor al sacerdote del hogar que es la madre cristiana! ¡qué afecto tan puro y respetuoso entre los consortes! ¡qué unión y concordia entre los hermanos! ¡qué amistad tan sincera entre las familias! ¡qué delicadeza de conciencia en el hombre privado! ¡qué honradez é integridad en el funcionario público!

Y ¿quién ha obrado un cambio tan feliz? ¿quién ha hecho de la mujer cristiana en México el tipo acabado de la hija, la esposa y la madre? ¿quién la dotó de una sensibilidad tan tierna, de una delicadeza de sentimientos tan fina, de una abnegación tan grande y de una virtud tan acrisolada? La fe, la religión que debemos á la Guadalupana, dón precioso que Ella conserva en su Nación predilecta por espacio de cerca de cuatro siglos, y al través de las revoluciones que han agitado nuestro suelo. Ha cumplido su palabra, se ha mostrado Madre de los mexicanos; siempre enjugó su llanto, escuchó sus clamores, hizo cesar las pestes, alejó las inundaciones y amparó á sus hijos muy amados en todas sus tribulaciones.....

El prodigio de Patmos se ha operado; el gran signo del Tepeyac está viviente; el Dragón estaba en acecho del hijo que había de nacer para devorarlo; ese hijo nació y venció al Dragón y lo precipitó al abismo.

La fe de México ha sido combatida; pero, en los designios de Dios, para triunfar: como los árboles robustos que azota el vendabal echan raíces más profundas y se afirman en el suelo; la revolución de ideas no ha hecho en México más que arraigar las creencias: nuestra fe vive, y es hoy más firme cuanto más ilustrada, más vigorosa cuanto más impugnada, y más valiente cuanto más perseguida. No se esconde; se ostenta y lucha, siempre venciendo. Esta tesis, señores, no necesita pruebas: su verdad se está mirando; esta religiosa solemnidad de la Coronación, con las circunstancias que la rodean, pone de manifiesto nuestro aserto.

México agradecida, casi no tiene una ciudad en donde no se encuentre un santuario dedicado á la Guadalupana, una iglesia que no tenga un altar suyo, un hogar en que no se la venere, un corazón en que no tenga un trono. La Nación la juró por Patrona; la Patria cuenta el prodigio de su aparición como uno de los timbres más gloriosos de su historia, y la Iglesia, por su digno representante, el Pontífice Augusto León XIII, le ha decretado una corona Con su autorización y por los votos del Episcopado, del Sacerdocio y del Pueblo que la proclaman de un modo especial su Reina y Soberana, el dignísimo Metropolitano, sucesor del inmortal Arzobispo Zumárraga, va á colocar sobre sus sienes sagradas la corona de oro.

Corona formarán también en torno de ese augusto trono, más de cuarenta ancianos, Pontífices Augustos, Apóstoles del Nuevo Mundo, hijos todos de María, que de muy lejos y de la vecina República vinieron á rendirle solemne vasallaje. Entre ellos viene el Metropolitano de Antequera, quien no se desdeñó de asociar entre su comitiva al último de sus sufragáneos.

Vírgen de Guadalupe, Oaxaca está á tus plantas, reconociendo tu soberano dominio sobre la Nación entera. Aquel valle ameno de clima tan benigno y de apacible cielo, vergel florido sembrado de templos pintorescos, que por su riqueza y magnificencia deslumbran al viajero: Oaxaca con su árbol del Tule y sus ruinas de Mitla, con sus religiosísimos moradores, tan afables, tan cariñosos y tan tiernos, que á primera vista roban el corazón; aquella sociedad tan juiciosa, tan discreta y respetuosa para con su Prelado dignísimo. El Seminario que tu sombra protectora cobija en el Santuario á donde se acogió; esa escuela eclesiástica que forma las más bellas esperanzas de un nuevo apostolado, digno sucesor del que fundó la fe en el Valle de Cortés, la insigne Orden de Predicadores. Señora, ante tu trono postrado está de hinojos ese Pastor amable que con su corazón virginal te amaba desde niño, que cuando joven, lejos de la Patria, en extranjeras playas, suspiraba por tí, y ya Prelado, asistía devoto á tus solemnidades en unión de una Colonia de expatriados ilustres: bendícelo amorosa.

El Presidente de la primera asamblea provincial de Oaxaca, del Concilio de Antequera, que te proclamó Madre de la Iglesia mexicana y su insigne Protectora, haciendo resonar las aulas conciliares con el acento dulcísimo de tu bendito nombre. Acógelo benigna.

El restaurador de la disciplina eclesiástica en Oaxaca, por medio de ese Concilio que dictó las leyes que han de normar la conducta sabia y prudente de la Iglesia en los difíciles tiempos que atravesamos: ilumínalo, aconséjalo, guíalo.

Oaxaca te rinde vasallaje: mírala aquí postrada: digna es de tus miradas propicias, que si bien de su seno salieron hombres prominentes de esa revolución que ha cambiado las bases del orden social establecido en la República, también dió á luz y educó en su seno al ilustre Patricio que con tanto acierto rige hoy los destinos del País, que ha zanjado los cimientos de la paz, guiando la Nave del Estado por la ruta segura del orden á su prosperidad y engrandecimiento; que ha convertido las espadas en arados y las lanzas en hoces para explotar las inmensas riquezas que en su fecundo seno encierra el suelo patrio.

Al lado de la representación de la Archidiócesis Metropolitana de Antequera viene también (no la pierdas de vista, Madre amada,) la pequeña y humilde Diócesis de Tabasco que á tí se ha consagrado, se acogió á tu amparo y te tiene por Patrona. La representa un grupo de obreros evangélicos que en aquella tórrida región gastan sus fuerzas. Mírales, Madre, curtido el rostro por los ardores de aquel clima abrasador, pálidos y debilitados por las fatigas.... confórtalos, aliéntalos, bendícelos, para que no se rindan al cansancio y pierdan su corona. Allí está también un corto número de ovejas que aquí pastan: *¡Spem gregis ah!* que son ¡ay! la esperanza del rebaño tabasqueño.

33 Isaí, II. 7.

Recíbenos benígna, gustosa acepta nuestros homenajes, nuestras ofrendas, nuestros corazones. Bendice al Prelado que te invoca, al pueblo que te aclama; protege á los hijos de Oaxaca; conserva al benemérito caudillo que con sabia discreción, no menos que con energía viril, calma los odios, une los ánimos, cimenta la paz y consagra abnegado su existencia á procurar el bienestar de los pueblos que le aman, le rodean de respeto y hacen votos por su vida y su feliz gobierno.

Vuelve ¡oh Virgen clemente! esos tus ojos al venerable anciano que coloca en tus sienes la inmortal diadema, que México agradecido te consagra en testimonio de su invariable amor y eterno reconocimiento. Bendice, en fin, al episcopado que aquí rodea tu trono; custodia sus rebaños; estrecha los vínculos de fraternal amor entre todos los pueblos del nuevo y antiguo continente, entre México cristiana y la cristiana España; y jamás olvides ni abandones al indigno Prelado que publicó tus glorias, ni á su grey amada. Amén.

Mexicanos, en torno de ese trono en que flamea la tricolor enseña, juraos amor eterno. Unión. Olvidad vuestros odios de ayer, las luchas fratricidas que ensangrentaron el suelo de la Patria; fuera rencores, y haciendo á un lado disensiones políticas, respetad al gobierno constituido, secundando, según vuestras fuerzas, su acción bienhechora: Paz.

De desear fuera que, como en otro tiempo, todos tuviérais igual sentir é idéntico querer; pero si este ideal sublime, este bello desideratum aún no es dable, respetad la Religión que meció vuestra cuna, que os amamantó á los pechos de vuestra madre querida: no la ultrajéis, aunque disentáis en principios. Más tarde, cuando calmado el ardor de vuestras pasiones juveniles desechéis las preocupaciones de escuela; cuando tras las decepciones de la vida, la experiencia os haga más cuerdos, haciendo un estudio concienzudo de la verdad religiosa, encontraréis, después de serias y profundas elucubraciones, que, ó no hay religión verdadera en el mundo, lo cual es imposible, ó si la hay, ésta no puede ser otra que la católica en que habéis nacido. Religión. ¿No estáis viendo á las naciones más ilustradas del orbe volver á ella á grandes pasos, como el único medio de salvar á la sociedad de su inminente ruina? Este hecho confirma la verdad del célebre dicho de un Abogado apologista contemporáneo de la fe: «La primera piedra de toda sociedad fué siempre un altar; y, cuando esta piedra ha desaparecido, la sociedad ha desaparecido también con ella.» (34) «O las sociedades modernas se echan en brazos de la Religión verdadera, ó se hunden en el abismo de la anarquía,» ha dicho el Oráculo del Vaticano, el inmortal Pontífice León XIII.

# IV

## Escrito por el Ilmo. Sr. D. Crescencio Carrillo y Ancona, Obispo de Yucatan. (*)

*Veni de Libano, Sponsa mea, veni de Libano, veni, coronaberis.*

Ven del Líbano, Esposa mía, ven del Líbano, ven, serás coronada.

CANT. IV. 8.

Ilmos. y Rmos. Señores: (1)

EN este venturoso día, más de siglo y medio esperado, y por el cual ciertamente puedo decir: «ahora, Señor, despides á tu siervo en paz, porque mis ojos han visto el día de la salud;» en este privilegiado lugar, que santificó la presencia de la augusta Madre de Dios, como al monte Horeb la zarza milagrosa que la figuraba; en este acto solemne que celebramos, sagrado y ritual, pontificio y nacional á un tiempo, ¿sabeis lo que yo escucho, lo que yo veo? Llegan á mis oídos desde misteriosas lontananzas y por infinitos horizontes, unas armonías verdaderamente inefables. Ecos son de angelicales coros, trompetas, fragor y retumbo de ejércitos incontables, que preceden y acompañan al Rey Eterno de la gloria, al místico Esposo del Cantar de los Cantares, que dirigiéndose á esta tierra mexicana, á esta colina del Tepeyac, á esta basílica que hemos levantado al par del histórico monte, baja de los altos cielos pisando las constelaciones siderales como gradas de su excelso trono. Y con un canto, el más suave y majestuoso, al compás de una cítara que no tiene igual en el cielo ni en la tierra, así invita y llama á la Purísima Virgen y Esposa: «Ven del Líbano, Esposa mía, ven del Líbano, ven, serás coronada de la cima del Amana (Tepeyac), de las cumbres del Sanir y del Hermón, de las cuevas de los leones y de los montes de los leopardos. *Veni de Libano, Sponsa mea, veni de Libano, veni, coronaberis de capite Amana (Tepeyacense), de vertice Sanir et Hermon, de cubilibus leonum, de montibus pardorum.* ¡Oh qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres! Apareces en el desierto como columna vaporosa que se levanta de aromas que arden, nube de incienso, de mirra y de todo polvo de perfumero. Tus ojos son como de paloma, tus labios como cinta de púrpura, como granada tus mejillas, tu cuello como sartas de perlas y como la torre de David. Toda eres hermosa, amiga mía, y mancha alguna no hay en tí. Has herido mi corazón, hermana y Esposa, has herido mi corazón. *Vulnerasti cor meum.*»

Y aquí cerca, aquí del lado de nuestro monte, escucho y veo á la Esposa, que del Líbano ha pasado al Tepeyac, que ha tomado la advocación de Guadalupe, y en suavísimos arpegios levanta la voz más dulce y sonora que el canto de las aves y la música de los Querubes, diciendo á las hijas de Anáhuac, no de otro modo que si fuesen las hijas de Sión: «Hé ahí la voz de mi amado: vedle que viene saltando por los montes y atravesando los collados. (2) ¡Oh cuán gentil y hermoso es mi amado! Descuella como el manzano entre los árboles de la selva; es blanco y rubicundo, escogido entre millares. Su cabeza es oro fino, es ebúrneo su seno y sus pies como de mármol pulido sobre escabel de oro. Su nombre es oleo derramado y su hablar lleno de majestad y de dulzura. Sostenedme, amigas mías, con flores, cercadme de manzanas porque desfallezco de amor. *Amore langueo.*»

Como dos astros de magnitud suprema, que en su conjunción máxima y extraordinaria parece que se unen y ejercen mayor y más poderoso influjo, ó como una aurora boreal en orden superior, que esparciendo torrentes de luz en el inmenso espacio, resplandece, produciendo admiración, entusiasmo y alegría por las magnificencias de su pintoresco efecto: así el Divino Esposo se acerca al encuentro de la mística Esposa, y con júbilo de los cielos y de la tierra, á la vez que con espanto y terror de los infelices precitos, llénala de gracia, cúbrela de honor y de gloria, corónala con aurea diadema y la constituye Reina universal, y Emperatriz Soberana de todo lo creado. (3) Y así coronada ella triunfa para siempre, llevando sus inmaculadas sienes el laurel eterno de sus combates castos. *Et in perpetuum coronata triunphat.* (4) Sentada como Reina sobre un trono á la diestra del Rey Eterno, está cubierta de rica orfebrería y de todo cuanto hay de más precioso y espléndido (5).

Señores; en el cielo de la patria é Iglesia mexicana, esta gran Reina se levanta hoy, en el día de su triunfo, como una portentosa señal. *Signum magnum apparuit in coelo* (6). Es la Santísima Vírgen María de Guadalupe, es la mujer augusta y singular cubierta del sol, la luna debajo de sus piés y sobre su cabeza una corona de doce estrellas.

¿Mas cómo ha sido, á qué se debe la realización aquí de esta gran solemnidad? Cómo es que el cielo se une á la tierra en esta Colegiata? ¿Cómo es que se junta con nosotros en este acto que celebramos, eclipsando con los esplendores de esta significativa ceremonia, la coronación de los más grandes Reyes de las sociedades humanas, el advenimiento al poder de los más ilustres caudillos, la fiesta triunfal de los vencedores y la apoteosis de todo linaje de héroes?

Es porque el Vicario de Dios en la tierra, el que tiene poder para atar y desatar allá arriba y aquí abajo, decretó y ordenó la solemne Coronación de la milagrosa Virgen del Tepeyac. (7) «León» Papa Décimotercio, decretó que la Imagen de la Virgen María de Guadalupe, célebre por sus milagros y por su culto, sea condecorada con solemne pompa, en su nombre y por su mandato, con corona de oro.»

Identificado el Pontífice mexicano con el Sucesor del Príncipe de los Apóstoles, al coronar hoy á nuestra Excelsa Reina en su milagrosa Imagen de Guadalupe, es Cristo mismo que corona á su augusta Madre; es el Divino Esposo que entreteje sobre la gentil cabeza de la Esposa la radiante corona de doce estrellas; es el Rmo. Fray Juan de Zumárraga; es el Rmo. Fray Alonso de Montúfar es el Rmo. D. Pelagio Antonio de Labastida, que con todos los demás Prelados mexicanos, como si no fuesen más que uno solo, y en unión del venturoso indio Juan Diego, esto es, en unión de todo el pueblo mexicano, eleva sobre trono regio á nuestra Madre y Reina y ciñe sus virginales sienes con corona de oro, con diadema imperial y real, en reconocimiento de su grandeza, majestad y poderío.

1. Señores: la Coronación de Nuestra Señora es por parte de nosotros al celebrarla, un homenaje de adoración cumplidamente rendido á Dios, que es el Padre, Hijo y Esposo de María, porque él es quien la tiene constituida Reina del universo entero.

2. Es un juramento de vasallaje debidamente hecho á tan digna Reina, porque acogiéndonos aquí en México por pueblo suyo, se constituyó Emperatriz y Patrona de toda la América.

3. Es, en fin, un tributo de gratitud y de amor justamente pagado á una madre tan tierna y Patrona tan misericordiosa como ella lo es para todos, pero muy especialmente para nosotros los mexicanos.

Hé aquí, Señores, los tres puntos de que vengo á hablaros en esta solemnidad, si el Señor me concede, como le pido y ruego por la intercesión de la misma Sagrada Reina Nuestra Señora de Guadalupe, su divino auxilio, y si vosotros me dispensais la piadosa atención y la benevolencia que de vuestra generosidad espero.

Ave María.

### I

Designio fué de la bondad suma del Señor crear una muchedumbre casi infinita de séres, principalmente séres inteligentes y libres para destinar éstos á una felicidad eterna por virtud del Divino Verbo y por mediación de la Vírgen-Madre. En el prodigioso desfile de todos ellos, al través de los muchos siglos que, como caudaloso río, desembocan en el mar inmenso de la eternidad, aparece constituida en medio, humilde y grandiosa á la vez, como la flor del campo, aquella mujer bendita entre todas las mujeres, aquella gran mujer por excelencia, la verdadera Madre de los vivientes, mejor y más grande que la primera mujer del Paraíso, y mejor y más grande que el primero y más alto de los serafines del cielo. Ella sola es un gran milagro: *Magnum miraculum*, como dice San Juan Crisóstomo, porque ella sola superó y excedió en excelencia y dignidad á toda la tierra y á todos los cielos. Su dignidad cual Madre de Dios *es como infinita*, según la expresión del Angélico Doctor. ¡Oh, con esa dignidad suprema é inefable, María se elevó ella sola entre todas las criaturas sobre la base de su humildad, á formar por singular y maravilloso modo, el complemento exterior de la misma augusta y divina Trinidad, dándola también ella sola la mayor gloria accidental! En ella, el Padre que sólo tuvo eternamente al Divino Hijo, vino á tener en tiempo la Hija de que carecía: el Hijo que era eternamente engendrado por el Padre sin Madre, tuvo ésta en ella, y el Espíritu de Dios que es caridad, amor eterno, quiero decir, el Espíritu Santo, vino á lograr asimismo en ella, la Divina Esposa que le convenía y que eternamente había amado.

Al benéfico y sublime misterio de la Encarnación, se añadió el inmensamente misericordioso de la Redención. Ofrecióse el Verbo encarnado por víctima expiatoria, á la justicia eterna y absoluta de su Padre, asociando en el sufrimiento de la Pasión sangrienta á la Vírgen-Madre, de quien tomara la sangre preciosísima con que lavó las manchas del pecado, y ved así, Señores, cómo tenemos en María una Corredentora tan infinitamente tierna como inmensamente poderosa, ya que no por naturaleza, sí por el orden de la clemencia y de la gracia. Porque la Vírgen-Madre coronó de sí misma al Hijo de Dios al hacerlo hombre en sus purísimas entrañas: *Femina circundabit virum*, como vaticinó Jeremías (8). Ella coronó así al Hijo de Dios en el día de sus desposorios con la humanidad, esto es, con la Iglesia, y por eso esta mística Esposa canta del Divino Esposo Cristo, diciendo: «Salid, y ved, hijas de Sión, al Rey con la diadema de que le coronó su Madre en el día de sus desposorios, en el día del mayor regocijo de su corazón.» (9)

Así, hermanos míos, por justa correspondencia, la Coronación de la Vírgen María llegaba á ser una deuda del mismo Dios para con ella. Y una vez constituído en su gloria el Divino Cordero, ante cuyo trono los veinticuatro ancianos se postraban y echaban á sus piés sus coronas de oro el día de la triunfante Ascensión, sólo faltaba que la Madre del Cordero fuese también exaltada sobre un trono á la diestra del Rey Eterno de la gloria y dignamente coronada. ¡Y así se hizo! *Asumpta est Maria in coelum, exaltata super choros Angelorum.* Elevada es María á los cielos, y exaltada sobre los coros de los Angeles, que exclaman en el pasmo de su admiración y en los transportes de su gozo, así diciendo: «¿Quién es ésta que sube como la aurora cuando se levanta, hermosa como la luna, escogida como el sol, y terrible á la vez como un ejército puesto en orden de batalla y que ha salido vencedor?» (10)

En el día de su gloriosa Asunción llega triunfante á la celestial Jerusalén, y sale á su encuentro aquel Eterno Dios, por cuya virtud es ella subida al cielo, aquel Eterno Dios que la concibió en su mente divina antes de todos los tiempos (11) cuando aún no existían los abismos de la materia caótica, y corónala como á su Hija, como á la celestial Princesa y Reina Universal, con una aureola de doce resplandecientes estrellas. Sale á su encuentro el Verbo humanado, el Redentor de los hombres, y corónala como á Madre, como á Reina de los mártires, por el mérito de sus grandes dolores é infinitas angustias, con corona de preciosísimas piedras, que con sus fulgores forman nimbos de matizada luz. Sale á su encuentro el Espíritu Santo, el Esposo Divino, y la corona como á su bien amada Esposa, como á Reina de la gracia y de la gloria, con guirnalda de azucenas y lirios, realzando el trono de su pureza y de su imperio sobre las vírgenes y sobre los Angeles.

María Inmaculada triunfó por sus virtudes, y triunfó por la carne purísima que suministró en su casto seno á su Divino Hijo, venciendo al dragón antiguo. Triunfó sobre los leones rugientes y devoradores, que son los enemigos del alma; triunfó sobre los leopardos astutos y feroces que arrancan la fe y arrastran sus víctimas á los antros tenebrosos; triunfó sobre ellos hasta ahuyentarlos y reducirlos amedrentados á lo más profundo de sus cuevas y á lo más áspero de sus montes. Por eso la corona el Divino Esposo, diciéndola entre himnos y músicas de angelicales coros: «Ven de, Líbano, Esposa mía, ven del Líbano, ven, serás coronada de la cima del Amana, de las cumbres del Sanir y del Hermón, de las cuevas de los leones y de los montes de los leopardos.»

El universo entero secunda los honores ofrecidos por Dios á la Divina Reina. Alborozados los Angeles, tañendo sus arpas de diamante y oro, y cantando himnos de magníficas armonías, despliegan

---

34 Augusto Nicolás.

* Fué leído por el Ilmo. Sr. D. Antonio Plancarte y Labastida, en la Colegiata, el 12 de Octubre en la tarde.

1 Véase al fin la nota A.

2 Vox dilecti mei, ecce iste venit saliens in montibus, transiliens colles. Cant. II. 8.

3 Gloria et honore coronasti eam, Domine, et constituisti eam super opera manuum tuarum. Ps. 8.

4 Sap. IV, 2.

5 Astitit Regina a dextris in vestitu deaurato circundata varietate. Ps 44.

6 Apoc. XII.

7 Leo vero decimustercius, Virginis Guadalupensis Effigiem prodigiis atque cultu celebrem, aurea corona, suo nomine et jussu, solemni ritu condecorari decrevit. (Off. Nov.)

8 Ierem. XXXI, 22.

9 Egredimini et videte, filiæ Sion, Regem in diademate quo coronavit eum mater sua in die desponsationis ejus, et in die letitiæ cordis ejus. Cant. III.

10 Cant. VI, 9.

11 Nondum erant abysi et ego jam concepta eram. Parab. Salom. VIII.